



Ricardo Gómez
Tecnología y Sociedad.
Una filosofía política
Buenos Aires, Ediciones Circus, 2021, 202 pp.

Matías Giri¹

En *Tecnología y Sociedad. Una filosofía política*, el doctor Ricardo Gómez realiza una profunda reflexión sobre el rol que cumple la tecnología en la sociedad y cuáles son los recaudos a tener en cuenta y las acciones que debemos realizar para que la interacción entre ambas devenga en resultados positivos. Con el fin de llevar adelante esta tarea, el autor comienza con una distinción conceptual entre la ciencia pura, la aplicada y la tecnología, para luego iniciar un recorrido exhaustivo sobre las que considera las principales corrientes actuales en la filosofía de la tecnología: el aristotelismo, el pesimismo tecnológico, el optimismo tecnológico y el marxismo. La crítica resulta especialmente detallada cuando aborda a los determinismos tecnológicos extremos, tanto del lado tecnooptimista como el tecno pesimista. Luego, nos brinda un panorama sobre las visiones sobre la tecnología en América Latina, advirtiendo las peculiaridades e intereses detrás de cada postura. Finalmente, Gómez deja planteada su postura personal respecto a la importancia de moldear la cultura de manera tal que la tecnología tenga el propósito primordial de mejorar la calidad de vida del común de la población y no primen los intereses de los más poderosos.

En la introducción del libro, Ricardo Gómez se encarga de negar rotundamente que la ciencia sea un instrumento neutral. Resulta fundamental a lo largo de las páginas partir

¹ Profesor de Historia (Universidad de Buenos Aires). Doctorando en Epistemología e Historia de la Ciencia, (Universidad Nacional de Tres de Febrero). Becario doctoral (Agencia I+D+i) en el Centro de Estudios en Filosofía e Historia de la Ciencia de la Universidad Nacional de Quilmes. matiasgiri@outlook.com

desde una posición que niegue tal concepción, la cual el autor define como una visión fundamental de la filosofía política libertaria, y a la cual se dedicó a atacar extensamente en varias de sus obras, especialmente en *La dimensión valorativa de las ciencias* (2014). Esta postura ideológica implicaría que los científicos no deben tener en cuenta las consecuencias de sus acciones y que la sociedad es externa y está separada tajantemente de la ciencia. Sin embargo, este ideal de ciencia valorativamente neutro que no asume valores ético-políticos (al menos no en el contexto de justificación de hipótesis), no resiste análisis luego de la caída de la dicotomía hecho-valor por parte de Hilary Putnam, y su sostenimiento hoy en día responde sólo a la ideología libertaria subyacente. A esta filosofía, el autor de este texto enfrenta citando a Enrique Dussel y dejando clara su postura (pp. 19 y 20):

[...] nuestra propuesta de una filosofía política de las ciencias es coherente con una filosofía política que sostiene que “la política, siendo la voluntad de vivir consensual y factiblemente, debe intentar por todos sus medios permitir que todos sus miembros vivan bien y mejoren la calidad de vida”. Esto exige cambios que hagan posible “la reproducción de la vida en plenitud” de los seres humanos, evitando así la exclusión de grandes mayorías.

Como ya mencionamos, el primer capítulo comienza diferenciando la ciencia pura, la ciencia aplicada y la tecnología. A partir de las ideas de James Feibleman, Gómez establece que la ciencia pura es un método de investigación de la naturaleza que tiene como único fin la necesidad de conocimiento. La ciencia aplicada, por su parte, sí tiene algún propósito humano práctico. La tecnología sería un paso más en ese sentido mediante la mejora de los instrumentos. Ciencia y tecnología se diferencian respecto a sus métodos, objetivos y patrones de cambio. La tecnología no posee un método estricto y adecuado, ya que su objetivo es más la eficiencia que el conocimiento de la verdad y como consecuencia los patrones de cambios están ligados a esta eficiencia.

Posteriormente a dejar en claro su propuesta de delimitación epistemológica, Gómez realiza una profunda reseña de las principales corrientes de la filosofía sobre este tema y esboza una opinión personal sobre cada una. Al aristotelismo se le critica por ser demasiado simple e ingenuo para la sociedad actual, la cual es profundamente dinámica e inestable. Según Gómez, es inconveniente y peligroso afirmar que la tecnología y sus artefactos no son buenos o malos en sí mismos, sino que lo son de acuerdo a las formas en que se utilizan. Del pesimismo tecnológico se rechaza el determinismo hacia los efectos negativos del avance tecnológico, ya que podría haber una salida a esto alterando el contexto que favorece su proliferación. Tales cambios

podrían ser estructurales y políticos, y requieren de compromisos ciudadanos activos. Del optimismo tecnológico también se critica su determinismo, en el cual se desprecia a los valores externos en la evaluación tecnológica y se reduce la razón humana a la racionalidad técnica instrumental.

Gómez aprovecha su periplo también para realizar un extenso paneo sobre autores clásicos de la filosofía de la tecnología, tal como Martin Heidegger, Lewis Mumford y los filósofos de la Escuela de Frankfurt Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse y Jürgen Habermas, de los cuales se indica que todas sus soluciones para abrir nuevas esperanzas para el futuro resultaron insatisfactorias debido a su baja probabilidad de ser aplicadas con éxito o porque fueron muy vagas y esquemáticamente avanzadas. No por ello debe desestimarse su aporte como precursores a un área de profunda importancia para nuestra sociedad contemporánea.

Sin embargo, el autor parece hallarse cómodo entre pensadores contemporáneos de la filosofía de la tecnología, tal como el politólogo estadounidense Langdon Winner y el discípulo canadiense de Marcuse, Andrew Feenberg, quienes criticaron agudamente posiciones vigentes como el posmodernismo y el constructivismo social. En definitiva, Gómez se alía a quienes atacan de manera descarnada a toda forma de determinismo tecnológico y enfatizan el carácter fuertemente cargado de valores ideológicos de la evaluación tecnológica. Como corolario de estas reflexiones Gómez resalta la necesidad de una nueva “ecosofía”, en la cual se discuta el impacto ecológico de la tecnología, teniendo en cuenta a cada sector social existente en el mundo. Los principios éticos deben primar en el diseño de las tecnologías. De hecho, el primer capítulo del libro cierra afirmando que la pregunta que debe hacer una filosofía que mire hacia el futuro es: “¿Qué tipo de vida y mundo quiere la gente para el futuro?” (p. 70). Esta pregunta funciona como columna vertebral de la obra.

Tecnología y Sociedad constituye un llamado amplio a una reflexión urgente sobre el tecnocientificismo en general. Esta postura indica que la tecnociencia es un gran sistema donde no intervienen los ingredientes ideológicos subjetivos y es independiente de factores “externos”. Esta visión es ideológicamente funcional al capitalismo liberal, aunque se enmascare como apolítica². Frente a esto, Ricardo Gómez propone no

² La ideología del capitalismo (neo)liberal y sus presupuestos epistemológicos resulta un oponente constante en la obra de Gómez, por ejemplo en sus obras recientes *Neoliberalismo, fin de la historia y después* (2014) y *El fin de la ciencia, la historia y la modernidad* (2020).

deshumanizar la tecnociencia transformándola en una especie de teología. En tal sentido la propuesta afirma que se debe tomar a la tecnociencia como un medio y no un fin, lo que implica evitar su reducción en una búsqueda obsesiva por lograr cada vez mayor eficiencia. Siempre es necesario sostener y aplicar una amplia multidimensionalidad de enfoques, mantener la flexibilidad en todo momento, evitar ver todo cambio tecnocientífico como progreso (especialmente si no beneficia a los más pobres) y, por último, abolir el determinismo evitando el *dictum* de que en el mundo tecnocientífico todo proceso es inherentemente irreversible.

Gómez desmitifica completamente a lo largo de su trabajo que el progreso tecnológico sea autónomo y proceda de acuerdo a su propia dinámica. Según el autor no estamos condenados a un desenlace fatal ni a una tecnocracia irreversible. El avance tecnológico resulta entonces una actividad social, donde en su desarrollo influyen las condiciones económicas, políticas y sociales, así como también las organizaciones estatales y privadas. Sin embargo, después de las dos Guerras Mundiales, resultó natural que las visiones pesimistas florezcan. No todos los pesimismoes son igualmente fatalistas, aunque sí coinciden en la negación tajante de la versión progresista que sostiene al crecimiento tecnológico ilimitado como un mejoramiento de calidad de vida para todos.

Los argumentos antedichos le permiten a Gómez afirmar, coincidiendo con Winner, que el estado actual de las cosas no es necesario y es reversible, pues la tecnología es un fenómeno político que puede ser manejado y restringido políticamente. No es cuestión de retroceder en el tiempo, sino de reconstruir las bases político-económicas para desarrollarla con diferentes fines. Para esto, es necesario una nueva teoría de la racionalidad en la cual los valores humanos sean incorporables en la estructura misma de lo técnico. En dicha teoría de la racionalidad, deberían integrarse elementos técnicos, ambientales, económicos, sociales, políticos y culturales (en sentido amplio). Para que tal proyecto se lleve a cabo, se requerirían profundas modificaciones institucionales donde además de la voz de los expertos también sean decisivos los ciudadanos de a pie en un continuo intercambio de ideas, propuestas y soluciones (en una notable coincidencia con la postura democratizante de Feenberg). El fin último debería ser, en definitiva, el bienestar cívico.

Con el incremento del poder y la ubicuidad de la tecnología, resulta entonces menester la construcción de una nueva ética. En esta tarea, surgen cuestiones acuciantes a reflexionar en nuestro contexto actual, tal como la posibilidad de la inmortalidad clínica y el incremento del poder

de control sobre la conducta. No obstante, otra cuestión a abordar desde la nueva ética con aún mayor urgencia es la del medio ambiente, en la cual nos enfrentamos frente a un falso dilema en tecnología: el de “ecología vs. prosperidad”, puesto que muchos sostienen que toda medida para mejorar el impacto ecológico genera un costo en inflación, aumento de impuestos y desempleo.

Con respecto a este punto, los “acuerdos” supuestamente globales no son, para Gómez, más que un mero disfraz de lucha de intereses y de imposición de los países capitalistas más poderosos para que se acepte la defensa de sus intereses. Frente a esto, el autor del libro enfatiza las profundas diferencias entre Norte y Sur acerca de cómo se perciben los problemas ecológicos. Al afrontar este tema, parece ser imposible escaparse de la lógica economicista de la ganancia, y cuanto más hegemónico es el imperialismo, más difícil resulta salir de su modo restringido de razonamiento dicotómico. Por lo tanto, para salir de dicho pensamiento impuesto, es importantísimo que la construcción de la nueva ética sea desde el Sur, rechazando el proceso de globalización neoliberal cuyo único criterio es la competición eficiente en los mercados globales. Sin esta ética crítica, será imposible frenar la expansión de los desastres ya existentes. La nueva ética deberá contener altruismo, misericordia y fraternidad, y a la vez poseer el coraje para enfrentarse a la libertad de interferencia, la neutralidad valorativa y la racionalidad instrumental de medios a fines que tiene como único propósito la eficiencia económica. Discutir estas cuestiones, para Gómez, tiene que ser la prioridad central de la filosofía de la tecnología. Antes de pensar en cuestiones que aquejan a tecnooptimistas y tecnopesimistas como la inmortalidad, la propuesta de *Tecnología y Sociedad* es avocarse a solucionar los temas que aquejan al Sur global desde hace siglos, tal como lo es la gran desigualdad entre Centro y Periferia.

En este sentido, hay que pensar la filosofía de la tecnología desde América Latina. Según Ricardo Gómez, la filosofía de la liberación presenta un enfoque sólido sobre estas cuestiones, por lo que se propone tomarlo como base. Aquí se plantea el punto de vista de sectores oprimidos como los campesinos, los obreros de esta parte de América y las mujeres en una sociedad profundamente chovinista. El progreso tecnológico correctamente entendido y hábilmente utilizado podría ser funcional para lograr la liberación de los oprimidos y la construcción de la justicia social, según esta ideología.

Si bien las visiones optimistas de la tecnología son concepciones ideológicas que suelen legitimar la dependencia de los países subdesarrollados

con los intereses extranjeros, el pesimismo también juega en contra de los sectores más postergados en estas tierras. Según Gómez ambos determinismos han sido muy utilizados para salvaguardar el statu quo, preservando las reglas económicas y sociales de una sociedad construida sobre los intereses de los grandes terratenientes. De hecho, también los sectores más poderosos en ocasiones creen que la tecnología es útil para conservar la situación que los beneficia. Gómez concluye que la elección que debemos tomar entonces no es entre pesimistas u optimistas, sino aquella que promueva los cambios estructurales en la sociedad latinoamericana para que la tecnología contribuya a la superación de sus problemas y no se utilice como un legitimador de opresión de los sectores más poderosos.

La dependencia económica, política y cultural de Latinoamérica trae aparejada la dependencia tecnológica. Salvo la Cuba de Fidel Castro, ninguna nación ha logrado utilizar una filosofía marxista de la tecnología. En Argentina, el radicalismo y el peronismo (quienes mayor tiempo han gobernado en democracia), adhieren mayormente a concepciones aristotélico-tomistas y marxistas. Uno de los pensadores argentinos más importantes en este sentido fue Jorge Sábato. Sin embargo, si bien Gómez festeja que su filosofía de la tecnología está pensada para la realidad argentina, critica que le falta denunciar y superar las relaciones de dependencia tecnológica de América Latina y visualizar con claridad las relaciones entre las tesis tecnofilosóficas y los objetivos políticos reales: muchas veces tales objetivos no están claramente definidos y quedan por ende invisibilizados.

Al momento de destacar los componentes sistémicos que involucra la utilización de la tecnología, el autor resalta los siguientes: un objetivo o propósito, los límites sociales (especialmente constituidos por las leyes de la ciencia), las disponibilidades, la acción para alcanzar el objetivo y los instrumentos utilizados. Las tecnologías proveen de estructura a la vida humana. Entonces, debemos preguntarnos: ¿qué tipo de mundo estamos haciendo? Si hablamos de una sociedad democrática debemos exigir el mantenimiento de un conjunto de condiciones sociales como el entorno operativo del sistema técnico. La ética neoliberal implicaría que si la acumulación de capital, que supone la implementación tecnológica como soporte estructural, entra en crisis, debe abandonarse la democracia y lo que fuera para continuar preservando la operatividad del mercado. Ricardo Gómez, para evitar que esta ética (donde la democracia no es el valor supremo) nos impere, nos llama a que participemos en todos los frentes de la realidad social. De esta manera, afirma que podremos ponerle fin a este proceso contemporáneo de despolitización y deshumanización legitimados porque la tecnología, y por ende, el operar de la razón, lo están conduciendo.

Llegando hacia el final del libro se afirma que resulta fundamental construir una filosofía de la tecnología socialmente responsable, que sea funcional al logro del bien social. Para esto, se deben tener en cuenta las consecuencias sociales de las prácticas científicas y tecnológicas y se deben considerar los presupuestos y valores sociales involucrados en ellas. El valor del uso responsable de la tecnología es un valor político. Lo que es bueno para la ciencia no es necesariamente bueno para la sociedad como un todo. Por lo tanto, Gómez busca una filosofía política de las tecnociencias, en la cual se tomen decisiones de acuerdo a valores epistémicos como la verdad, simplicidad, etc.; pero también de acuerdo a valores ético-políticos, como por ejemplo el florecimiento humano. No se niega que la tecnociencia sea una herramienta humana exitosa, pero tampoco se puede reemplazar la política por tecnócratas y expertos y reducir toda ciencia social a metodologías meramente analítico-cuantitativas. No obstante, tampoco se puede reducir la política a una mera manipulación tecnocrática de la sociedad y a la ingeniería política. Cuando estas cosas sucedieron en nuestra historia reciente los resultados fueron nefastos, como cuando en algunos países latinoamericanos las políticas públicas quedaron en manos de “buenos administradores” que obraron aumentando las desigualdades y sostenidos por aparatos estatales profundamente represivos.

Con vistas al futuro, *Tecnología y Sociedad* concluye que es necesaria una nueva ecosofía, la cual tiene a la filosofía política como parte de ella y a la ética en su centro. Ésta rechaza cuatro supuestos éticos de la ética tradicional:

- a) la técnica y los artefactos son valorativamente neutros;
- b) la ética es básicamente antropocéntrica y se ocupa exclusivamente de las relaciones humanas;
- c) la naturaleza humana es una e incambiable, aun la técnica es incapaz de modificarla y
- d) la ética solo se ocupa de las circunstancias espaciales y temporales inmediatas.

En cambio, la ecosofía que propone Gómez tiene como principios normas básicas:

- a) el rechazo de la imagen dicotómica humanos/entorno en favor de una imagen relacional totalizadora;

- b) propone el igualitarismo biosférico;
- c) defiende la biodiversidad y simbiosis;
- d) es anti-clasista y aboga por el fin de las tensiones existentes entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas;
- e) aboga por la eliminación de la contaminación como destrucción de los recursos;
- f) rechaza el dilema “crecer o morir” como dinámica del desarrollo económico;
- g) estatuye la subordinación de las economías complejas a criterios ético-ecológicos y
- h) enfatiza la autonomía local y la descentralización.

Sin una filosofía que tenga estas características, Ricardo Gómez afirma que será imposible la construcción de una “sociedad más justa y humana”.

En síntesis, *Tecnología y Sociedad* no es un mero relato de cómo la tecnología transforma la sociedad, sino que llama a la acción, en consonancia con la onceava tesis de Marx a Feuerbach. Así como se pretende evitar una tecnocracia subsumida en valores neoliberales, tampoco se aboga por demonizar toda actividad tecnológica. El legado que Ricardo Gómez nos deja es que debemos construir una filosofía política de acuerdo a nuestros intereses como nación en vías de desarrollo. A partir de esta filosofía, podremos guiar el proceso tecnológico hacia el florecimiento de nuestro pueblo, dejando de lado la primacía de los más poderosos del mundo actual.

